



PURI GUTIERREZ

«LOS AÑOS DEL HAMBRE»

Recuerdo, sí, el día en que empezó «La Guerra», aunque de modo confuso. Habíamos ido con el aita al kaxko de Arramendi y estando allí escuchamos barullo en la calle Magdalena. ¿Tiros? No sé. Un cashero dijo que estaban asaltando la armería.

Nuestro padre sólo pensó en llevar cuanto antes a casa a toda la chiquillería.

Por entonces, en la carretera que va hacia San Marcos, algo más arriba de la fábrica de Pekín, aproximadamente donde hoy está el puente que cruza sobre Pontika, se encontraba uno de los que llamábamos «puente peligroso» de la vía de «La Maquinilla». Se trataba simplemente del desnudo tendido de railes y travesaños suspendido de lado a lado sobre la carretera. Tendido por el que transcurría de vez en cuando—alborotando a la chiquillería—la pequeña máquina que arrastraba los vagones llenos de mineral desde las minas de Arditurri de Oyarzun hasta el puerto de Pasajes.

En brazos de nuestro padre fuimos pasando el «puente peligroso» de Samako-errika, los cinco o seis hermanos que aquel 18 de julio de 1936 íbamos de paseo a Arramendi y tuvimos que volver a Morronguilleta, mientras por debajo veíamos pasar camiones de hombres cargados con fusiles.

Acababa de empezar un tiempo cruel de hombres rojos y azules que se mataban entre sí. Ni entonces ni nunca he entendido el por qué.

De los años que duró la guerra... ¡qué pocos recuerdos! Me impresionó escuchar a un soldado que durante el invierno, en el frente, hacían trincheras con los cuerpos de los muertos para protegerse del terrible frío que sentían.

Recuerdo mujeres y niños vestidos de luto, por el padre, el hijo, el hermano que cayó a un lado o al otro. ¿Existían los colores en los años de la guerra? Solo recuerdo el negro.

Y un sonido de aviones sobre el cielo. Y el temor de que una bomba cayera sobre nuestras cabezas.

Y una noche de silencios en que Rentería se vació. Amigos y vecinos se ausentaron. Algunos volvieron después; otros muchos años más tarde; algunos nunca más.

Nunca entendí por qué tuvieron que matarse los hombres. Por qué tuvieron que marcharse los niños. Por qué las huertas del barrio quedaban sin labrar. Por qué en aquella familia en que había cinco hermanos jóvenes, dos luchaban con los rojos y dos con los azules.

No se si cayó alguna bomba en Rentería. Yo no lo recuerdo. Pero tengo idea de una noche de resplandor rojizo tras el Jaizquibel, y de haber visto después el Paseo de Colón de Irún en ruinas.

Luego... el hambre.

Durante muchos años, para hablar de los años cuarenta se decía «los años del hambre».

Por entonces todas las madres eran delgadas. Algunas, esqueléticas. Hubo mujeres que perdieron la menstruación durante meses y meses de pura debilidad. Hubo madres que murieron de hambre. La de un compañero de colegio de mi hermano fue la que más me impresionó.

La mía se iba a la Rioja, donde los abuelos, y traía alubias camufladas en latas de pimientos que mi padre acondicionaba con el fin de que los carabineros no las requisaran. Traía harina, hogazas de pan, tocino, fideos... El viaje que hoy se realiza en automóvil en dos o tres horas duraba entonces un día entero.

Se salía del pueblo antes del amanecer en un carro tirado por bueyes, con las maletas y el baúl atados con cuerdas, escondiendo entre las ropas los preciados alimentos. Un autobús, un tren de vía estrecha, trasbordos de estación cargando con los bultos, esperas largas hasta coger aquel vagón de tercera del «Correo» donde había que instalarse en el pasillo.

En uno de aquellos viajes, mi abuela había preparado entre dos trozos de sábana vieja una gruesa capa de harina y la había acolchado con hilvanes, enfajándome con ella. Yo iba tiesa como un huso, pasando muchísimo calor. Pero nadie contaba con que la tela estaba muy gastada y se iba a romper por algún sitio. Sentada yo en el duro banco de madera, veía cómo a mis pies se iban formando montoncitos de harina. Como si fuera una delincuente miraba a los viajeros por si alguno se apercebía de lo que pasaba y a cada instante temía que iba a aparecer un carabinero y descubrir que yo era una «estraperlista».

Estraperlista llamaban a quien vendía alimentos de «estraperlo», fuera del control del racionamiento oficial que se repartía periódicamente. Pero incluso los que uno hubiera podido conseguir para el consumo propio, si eran descubiertos, eran requisados.

No recuerdo en qué consistía el «racionamiento». Creo que en un pequeño bollito por persona y día y mensualmente en aceite, alubias, patatas y azúcar. Tengo idea que en nuestra familia de nueve miembros teníamos derecho a un litro de aceite por mes.

Sí me acuerdo del «talo» de maíz tostado sobre la chapa de la cocina de carbón. Y de los boniatos asados. Comíamos patatas apañadas con leche y pimentón. Las tortillas no se hacían con huevos sino con leche y harina a la que se añadía un colorante amarillo. Si alguna vez comíamos carne era tan solo un cuarto kilo—para nueve—y todo lo demás patatas. Las legumbres se ponían a remojo para que flotaran los «bichos» que contenían. Pero siempre quedaban cantidad de ellos, así como abundantes larvas de gorgojo.

Mi madre, que no aprendió de niña a multiplicar, sabía dividir estupendamente. Tuvimos al fin una estupenda Navidad con un cuarto de barra de turrón que supo dividir en nueve pedacitos. Porque en años anteriores habíamos hecho turrón de boniato y otros experimentos que no son ingratos.

Nos sabía riquísimo el coco rancio que traían en los barcos. Y las castañas. Y el pan de higo. Y hasta las bellotas. Mis hermanos se atracaron de ellas en una ocasión y aún recuerdo la cola que se formó aquella noche en el cuarto de aseo. (No le llamo cuarto de baño porque entonces, en las casas de los obreros, el aseo se realizaba en un «balde» muy grande donde también se ponía a remojo la colada).

Pero hubo personas en nuestro pueblo que arrancaban los brotes tiernos de los castaños para comerlas como cualquier verdura. Y yo ví a una chavala de mi barrio recoger las mondas de una naranja arrojadas debajo del carrito de chucherías en la Alameda y llevárselas con ansia a la boca.

Hace poco tiempo volví a verla. Limpia y sencillamente vestida. Digna y orgullosa, paseaba a un chiquillo que debía ser su nieto.

Es posible que sus nietos e incluso sus hijos no sepan lo que ella pasó. Lo que pasamos.

No es agradable recordar. ¡Es tanto lo que hemos arrojado ansiosamente en el olvido! Cincuenta años para olvidar, para comprender, para fraternizar. ¿Para qué volver a hablar del pasado?

Sin embargo, cuando veo a la Juventud angustiada por un Futuro incierto, cuando constato que hoy también hay nubarrones en el horizonte, me parece que vale la pena comparar la situación de hoy con aquel tremendo punto de partida que supuso la guerra para toda una generación.

Los jóvenes de entonces hubieron de enfrentarse a la destrucción, al hambre y a la miseria.

La amenaza de hoy parece ser la tecnología y el progreso.

Si fue posible construir desde la nada. ¿Cómo no ha de serlo a partir de todos los bienes que se extienden hoy al servicio de la humanidad?

Un camino se abre a la Esperanza si el hombre de hoy sabe responder al reto que le plantea su generación.

Pero la guerra, con su estela de luto y de sangre jamás debe volver.